

HOMENAJE AL PADRE MAC GREGOR POR SUS 50 AÑOS DE DOCENCIA

Los homenajes que a lo largo de sus fructíferos años como sacerdote y maestro ha recibido el padre Felipe Mac Gregor han de ser ya innumerables. Al celebrar junto a él medio siglo de vida dedicada a la Universidad Católica, encontramos otra vez motivo para expresar el aprecio y el agradecimiento profundos que nuestra institución le debe; nos vemos ante la posibilidad de herir su modestia de hombre y sacerdote, así como de reiterar elogios que han sido ya pronunciados, sin embargo asumimos esos riesgos con entera complacencia, porque para nuestra comunidad académica el sentido de la obra de Felipe Mac Gregor, su trabajo fecundo como maestro, autoridad y sacerdote, concierne al espíritu mismo de la tarea que en cada jornada sentimos nos interpela. Se trata, entonces, sí, de una feliz reiteración, en la que las palabras quizá poco o nada puedan añadir al agradecido cariño que tantas generaciones le han ofrecido como justa respuesta a una tarea que no conoce el descanso ni el desaliento, y sin embargo, es menester pronunciarse porque no hemos nunca de sentir fatiga si tenemos el singular privilegio de

atestiguar cómo hay hombres en quienes los viejos y profundos principios, lealtades y afectos, resistiendo el paso de los años, se renuevan.

Cincuenta años inserto en la trama vital de la Universidad Católica ha cumplido el padre Mac Gregor y éstos son mucho más que una cifra redonda o el simple transcurso de un tiempo dilatado; ellos contienen, en verdad, un tesoro nada secreto: la historia de una generosa entrega gestada, siguiendo el decir vallejano, con intensidad y altura, desde las tan diversas y fértiles dimensiones que conforman una sola gran personalidad.

Así pues, Mac Gregor sacerdote, Mac Gregor autoridad, Mac Gregor maestro y amigo, son varias maneras de aludir a un mismo hombre que, íntegro en cada una de sus facetas, ha demostrado la extraordinaria habilidad de interpretar adecuadamente valores, personas y circunstancias.

Con mirada amplia, que entiende las advertencias del presente y les da sustento en una sólida tradición, Mac Gregor, inspirado por el

espíritu propio de su estirpe ignaciana, avizó hace muchos años, en su recordada gestión en el Rectorado, lo que nuestra Universidad habría de ser hoy en día, cualidad que le valió dirigir con mano inteligente y vigorosa los destinos de la Universidad en tiempos que reclamaban cambios profundos. No desconoció, en tales circunstancias, las posiciones adversas; supo guardar, empero, ese sabio equilibrio que permite escuchar de modo atento otras voces para mostrarse así capaz de decidir con firmeza y acierto. En comunión intensa con la Universidad, fruto de paciente y meditado esfuerzo, nunca hizo concesiones a los éxitos inmediatos y con lucidez y determinación se convirtió en singular agente de una obra llamada a ser duradera. Por ello, con justa razón nos sentimos orgullosos de todo este largo tiempo en el que el padre Mac Gregor ha prodigado su sabiduría en los recintos de la Universidad Católica.

En el Perú, donde no es infrecuente oír a muchos afirmar, apelando a un lugar común pocas veces cuestionado, que el nuestro es un país del corto plazo en el que suele reinar la moral de la derrota: ¿Qué decir de nuestro Rector emérito, maestro dentro y fuera de clases

consecuente e incansable, que nos enseña a ver en los desafíos del presente la posibilidad de realizaciones plenas y trascendentes? ¿Qué decir de un hombre que, como él, no sólo se compromete con la realidad de nuestro pueblo desde una perspectiva teórica e inteligente, sino que asimismo se aproxima a ella con delicada sensibilidad para así llenarla de esperanza?

Encontrar respuesta a estas preguntas supone reconocer que detrás de la excelente misión cumplida durante los días de su rectorado se hallan presentes calidades esenciales que, justamente, explican las razones de su acertado gobierno. Refirámonos en primer lugar a su vocación de maestro y, por tanto, a su tenaz y hondo compromiso de educar, a través de la palabra y el ejemplo, no sólo con el fin de formar hombres y mujeres diestros y eficientes, sino antes que nada a personas dotadas de la plena consciencia del valor encerrado en cada uno de sus actos. Las clases de Moral que impartió en el añorado local de la Plaza Francia han dejado notas indelebles en la historia de la Universidad y de manera más intensa en quienes tuvieron la singular fortuna de seguirlos, no sólo por el rigor de sus lecciones o por sus severas y a veces temidas evaluaciones, sino más

fundamentalmente por el espíritu que en ellas se contenía, el cual, desbordando en la cátedra, la consistencia teórica y la memoria erudita, se anudaba con la vida misma invitando así a los alumnos a involucrarse existencialmente con sus enseñanzas. Y de esta permanente preocupación me place ser testigo directo, porque el padre Mac Gregor, gracias a su acostumbrada generosidad, permitió años ha que me desempeñara como su asistente de cátedra.

Mas la dimensión que nos habla de sus ser más íntimo y del secreto de la juventud que se reafirma en cada uno de sus años es la del hombre de fe, quien desde el mensaje evangélico cumple el incansable apostolado del amor y de la inteligencia. En defensa de los valores de la justicia y la solidaridad, bajo la inspiración suprema de la caridad, ha dirigido sus desvelos a un tema que encierra los deseos más profundos del alma humana: el de la paz, que, entendida en su sentido más complejo e íntegro, no equivale a la mera ausencia de violencia, sino a la conducta positiva que personas e instituciones han de desplegar en una tarea de construcción paulatina y permanente por la que el espíritu mismo se transforma y se hace pleno en diálogo natural y fraterno con su entorno.

Nos enseña, pues, Felipe Mac Gregor que los afanes guiados por el amor desinteresado no hallan modo de agotarse ni de rendirse. Y cómo podría ser de otra manera en quien, ante todo sacerdote, se halla poseído de una fe profunda, que lo conduce a la búsqueda infatigable de la verdad que nos hace libres. Mac Gregor así nos lo ha enseñado: la verdad es también otra manera de referirnos al bien y a la justicia, no un valor a ser negociado como mercancía o encerrado en fórmulas impersonales que en nada atienden la humana realidad. La verdad, que por su propia esencia es buena, justa y bella, se muestra más grande que las prescripciones urgentes de la rentabilidad y la eficacia y por eso en tiempos como los actuales es difícil a veces de comprender y mucho más todavía de convertirse en modo de vida.

Ahora bien, esta certeza que Mac Gregor recoge del mensaje evangélico y de la filosofía es precisamente aquella que pone en movimiento la vida universitaria. Podemos decir entonces que nuestro homenajado encarna en su persona el mismo espíritu que anima a nuestra Casa y que ello explica por qué él se constituye en

uno de los mejores testimonios del alma infatigable de la Universidad Católica.

Querido padre Felipe Mac Gregor, rector emérito, actual profesor y permanente amigo:

Constituye para mí un singular regocijo el manifestarle, en nombre de la comunidad universitaria a la que tanto se ha entregado, ese sentimiento hondo y constante que se profesa a quien día a día y por cincuenta años eligió esta Casa de Estudios como su segundo hogar. Reciba, como símbolo que desea expresar siquiera en atisbos nuestro inconmensurable afecto y gratitud, este presente cuyo tácito mensaje no dice otra cosa que la Universidad Católica se siente honrada al considerarse parte indelible de su propio ser.

13-11-98

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR